

**Los fundamentos de la fe cristiana
Dr. James Montgomery Boice**

**Tomo 3: Comenzando a entender a Dios
Parte I: El espíritu de Dios**

1 – EL CRISTIANISMO PERSONAL

TODAS LAS RELIGIONES TIENEN UN CIERTO GRADO DE CONTENIDO intelectual que los seguidores de esa religión por lo general desean conocer. Pero los cristianos se enfrentan a dos peligros específicos al encarar el estudio de las doctrinas del cristianismo.

Por un lado, muchas veces se toman indebidamente subjetivos. El tema de la enseñanza cristiana es la naturaleza de Dios y lo que él ha hecho por nuestra salvación mediante la muerte de Jesucristo. Ahora bien, como este tema es emocional y, a la vez, mentalmente motivante, estos creyentes se retraen de la tarea meticulosa de comprender su fe intelectualmente y colocan el énfasis en el sentimiento y la experiencia, en ocasiones hasta el punto de separarlas de la obra de Dios en la historia y hasta de las afirmaciones explícitas y claras que aparecen en la Biblia. Cuando las experiencias que buscan encontrar están ausentes o resultan muy flojas, tratan de fabricarse sentimientos espirituales hacia Dios y así quedan a la merced de la autosugestión, de las circunstancias y hasta de las maquinaciones del demonio, de quien se nos dice que a veces se nos aparece disfrazado como "un ángel de luz" (2 Co 11:14).

Este énfasis no suele llegar a tales extremos. Con frecuencia es sólo la suposición, muchas veces ni siquiera expresada verbalmente, que para que una persona haya de ser salva es necesario que tenga una determinada intensidad de experiencia religiosa. O al menos, si nos colocamos en un nivel más sofisticado, esa es la impresión que tenemos de la lectura de un libro como *The Varieties of Religious Experience* ("Las distintas expresiones de experiencia religiosa") de William James.¹ Este estudio clásico sobre la psicología de la religión intenta reflejar una gama amplia de experiencias y proveer un análisis imparcial sobre ellas. Las personas que leen este libro, o cualquier otro libro que se le asemeje, pueden sentir, equivocadamente, que no son cristianos simplemente porque nunca han tenido una experiencia tan intensa en sus vidas.

El otro peligro es igualmente perjudicial: una fe cristiana demasiado objetiva. alguien podría tener un conocimiento bíblico considerable y hasta un cierto grado de conformidad y compromiso intelectual con estas verdades, y sin embargo no haber sido transformado. La fe existe. Pero bien puede tratarse de la fe que menciona Santiago cuando dice: "Tú crees que Dios es uno, bien haces; también los demonios creen, y tiemblan" (Stg 2:19).

Este peligro está muy latente entre los cristianos conservadores en particular. Harold O. J. Brown dice: "Al insistir, como debiéramos hacer, sobre la naturaleza objetiva de la expiación y la naturaleza efectiva de su aplicación en los seres humanos individuales para la salvación, corremos el riesgo de quedarnos con una doctrina que es puramente histórica y judicial, sin unas dimensiones creíbles y humanas en el espacio y el tiempo en que nos toca vivir... Además, perdemos de vista que nosotros también estamos inmersos en este proceso, y fue la santificación, la obra continua del Espíritu Santo en nuestras vidas, constituye un proceso" que debe darse entre nosotros.²

¿Cómo es posible evitar estos peligros? ¿Cómo habremos de resolver el problema de tener una revelación objetiva de Dios en la historia y una apropiación vital de esa salvación? Dejados a nosotros mismos, posiblemente no haya una respuesta convincente. Pero la Biblia nos dice que Dios tiene una

solución. De la misma manera que el Padre envió a su Hijo para realizar la obra histórica y objetiva de la expiación que sirviera de base para nuestra salvación, así también envía al Espíritu Santo para que aplique esa salvación en nosotros personalmente. No se trata de una única acción, simple e indivisible. Más bien involucra una serie de acciones y procesos: el llamado de Dios, la regeneración, la justificación, la adopción, la santificación y la glorificación. En cada uno de estos casos, el Espíritu Santo aplica la obra de Cristo en nosotros personalmente.

La tercera sección de este tomo tratará sobre estos procesos y, por ende, sobre la obra del Espíritu Santo de Dios. Como lo expresó Calvino en el título a la tercera sección de su Institución de la Religión Cristiana, significa "la manera en que recibimos la gracia de Cristo, los beneficios que surgen a partir de ella, las consecuencias subsiguientes".³

¿Persona o poder?

Un análisis de este tipo debe comenzar con la naturaleza del Espíritu Santo mismo. Y la primera pregunta es la siguiente: ¿Deberíamos usar la expresión él mismo? ¿Se trata el Espíritu Santo de una persona real cuya obra es salvarnos santificarnos o se trata de un poder que debemos usar en nuestro beneficio? Si pensamos en el Espíritu Santo como siendo un poder misterioso, nuestros pensamientos serán: "¿Cómo puedo tener más del Espíritu Santo?" Si pensamos en el Espíritu Santo como siendo una persona, preguntaremos: "¿Cómo puede el Espíritu Santo tener más de mí?" El primer pensamiento no es bíblico, es pagano. El segundo, es el cristianismo del Nuevo Testamento. Reuben A. Torrey lo señala con toda claridad:

El concepto del Espíritu Santo como una influencia o un poder divino del que nos tenemos que apropiarse y utilizar, conduce a la exaltación del propio individuo y a la autosuficiencia. Quien piense así sobre el Espíritu Santo y quien al mismo tiempo crea haber recibido el Espíritu Santo estará inevitablemente lleno de orgullo espiritual y caminará de aquí para allá como si perteneciera a una orden superior de cristianos. Con frecuencia escuchamos a esas personas decir: "Yo soy un hombre del Espíritu Santo" o "Yo soy una mujer del Espíritu Santo". Sin embargo, cuando comprendemos que el Espíritu Santo es una persona divina con una majestad y una gloria y una santidad y un poder infinitos, quien maravillosamente ha condescendido a llegarse a nuestros corazones para habitar allí y tomar posesión de nuestras vidas y utilizarlas, esto nos humillará y nos hará permanecer humillados. No se me ocurre otro pensamiento más humillante y más sobrecogedor que el pensar que una persona llena de gloria y majestad divina mora en mi corazón y esté dispuesta a utilizar incluso mi persona.⁴

Esta diferencia de enfoque está ilustrada en las páginas del Nuevo Testamento. Por un lado, tenemos el caso de Simón el mago cuyo relato aparece narrado en Hechos 8:9-24. Simón era un ciudadano de Samaria, donde Felipe, uno de los primeros diáconos, había estado predicando el evangelio. Aparentemente, Simón había creído en Cristo y era salvo, ya que el relato nos dice: "También creyó Simón mismo, y habiéndose bautizado, estaba siempre con Felipe" (vs. 13). Simón, sin embargo, sabía muy poco sobre el cristianismo. Por eso, cuando vio los milagros que se hacían estaba atónito, y cayó en el error de creer que el Espíritu Santo era un poder que podía ser comprado. Más tarde, cuando Pedro y Juan vinieron a Samaria para evaluar la tarea que se estaba desarrollando, y ya habían sido utilizados por Dios para impartir el Espíritu a otros, Simón les ofreció dinero a los discípulos para que ellos le dieran "ese poder" (vs. 19). Pedro le respondió: "Tu dinero perezca contigo, porque has pensado que el don de Dios se obtiene con dinero. No tienes tú ni parte ni suerte en este asunto, porque tu corazón no es recto delante de Dios. Arrepiéntete, pues, de esta tu maldad, y ruega a Dios, si quizás te sea perdonado el pensamiento de tu corazón" (vs. 20-22).

El ejemplo opuesto lo encontramos en el comienzo de la labor misionera, con Pablo y Bernabé. En ese caso se nos dice que: "Ministrando éstos al Señor, y ayunando, dijo el Espíritu Santo: Apartadme a Bernabé y a Saulo para la obra a que los he llamado" (Hch. 13:2). En el primer ejemplo, una persona

quería tomar y usar a Dios. En el segundo ejemplo, es Dios quien toma y usa a dos personas.

Pero, alguien podría preguntarse, ¿no hay pasajes y hasta secciones enteras de la Biblia donde la personalidad diferenciada del Espíritu Santo no es evidente? Este es el caso del Antiguo Testamento, donde con frecuencia se habla del Espíritu de Dios como en el segundo versículo del Génesis "Y el Espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas" o con referencia a algunas personas, de quien se nos dice que "el Espíritu de Jehová [Dios] vino sobre ellos" (Jue 6:34; 2 Cr 24:20). Se puede decir que estos versículos son las primeras radicaciones sobre la doctrina de la personalidad diferenciada del Espíritu Santo, y por lo tanto también de la Trinidad. Si bien en el Antiguo Testamento hay muy poco con respecto a una clara y explícita presentación de la diferenciación personal de la segunda persona de la Trinidad, y aún mucho menos sobre la diferenciación personal del Espíritu de Dios.

Este no es el caso cuando llegamos al Nuevo Testamento, sin embargo. Aquí, el Espíritu Santo se nos muestra como un miembro de la Trinidad, semejante en todo sentido al Padre y al Hijo y, sin embargo, siendo algo distinto a ellos. Esto no significa, de ningún modo, que hay tres dioses. Como ya lo señalamos en el Tomo I de este volumen.⁵ Hay tres personas. Sin embargo, de una forma que trasciende y escapa a nuestro entendimiento, estas tres personas son también una sola.

Se define una persona como alguien que posee conocimiento, sentimientos y una voluntad, y esto es lo que se afirma sobre el Espíritu. En Juan 14:16-18, Jesús dice con respecto al Espíritu Santo: "Y yo rogaré al Padre, y os dará otro consolador, para que esté con vosotros para siempre: el Espíritu de verdad, al cual el mundo no puede recibir, porque no le ve, ni le conoce; pero vosotros le conocéis, porque mora con vosotros, y estará con vosotros. No os dejaré huérfanos; vendré a vosotros". Si el Espíritu fuese sólo un poder, esta promesa en realidad sería similar a algún tipo de compensación: "Yo me voy a alejar de ustedes, pero les voy a dar algo para compensar mi partida". Pero no es simplemente un poder. No es algo que es otorgado, sino otra de las personalidades divinas, una personalidad que tiene conocimiento, porque conocerá las necesidades de los discípulos; que tiene sentimientos, porque se identificará con ellos en la tribulación; y que tiene una voluntad, porque se ha propuesto insolarlos en cumplimiento de la comisión de Dios.

Podemos agrupar la evidencia presente en el Nuevo Testamento sobre la personalidad diferenciada del Espíritu Santo en seis categorías:

1. **Las acciones personales del Espíritu Santo.** Un ejemplo lo tenemos en el texto que acabamos de citar. Allí se nos dice que el Espíritu consuela a los cristianos. Otro ejemplo lo encontramos en Juan 16:8-11 que nos habla de la obra desarrollada por el Espíritu en el convencimiento de los no creyentes. "Y cuando él venga, convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio".
2. **La misión del Espíritu Santo, diferente a las misiones del Padre y del Hijo.** Jesús señala esto claramente en su discurso final: "Pero cuando venga el Consolador, a quien yo os enviaré del Padre, el Espíritu de verdad, el cual procede del Padre, él dará testimonio acerca de mí" (Jn 15:26).
3. **La posición y el poder del Espíritu Santo, igual a la del Padre y del Hijo.** Las variadas fórmulas trinitarias del Nuevo Testamento expresan esto con claridad. En Mateo 28:19, a los discípulos se les encarga que bauticen "en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo". En 2 Corintios 13:14, Pablo ora para que "la gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios, y la comunión del Espíritu Santo sean con" todos sus lectores. Pedro habla sobre aquellos que han sido "elegidos según la presciencia de Dios Padre en santificación del Espíritu, para obedecer y ser rociados con la sangre de Jesucristo" (1 P 1:2). Judas habla de nuestro ser que crece en la fe cristiana mientras permanecemos "orando en el Espíritu Santo", y nos mantenemos "en el amor de Dios esperando la misericordia de nuestro Señor Jesucristo para vida eterna" (vs. 20-21).
4. **Las apariciones del Espíritu Santo en forma visible.** Cuando Jesús fue bautizado, "descendió el Espíritu Santo sobre él en forma corporal, como paloma, y vino una voz del cielo que decía: Tú eres mi Hijo

amado; en ti tengo complacencia" (Lc 3:22). Y durante Pentecostés, "se les aparecieron lenguas repartidas, como de fuego, asentándose sobre cada uno de ellos" (Hch 2:3).

5. **El pecado contra el Espíritu Santo.** Este implica una ofensa contra una personalidad (Mt 12:31-32).
6. **Los dones del Espíritu Santo.** En 1 Corintios 12:11, después de haber enumerado los dones de sabiduría, conocimiento, fe, sanidad, milagros, profecía, discernimiento de espíritus, lenguas e interpretación de lenguas, Pablo escribe: "Pero todas estas cosas las hace uno y el mismo Espíritu, repartiendo a cada uno en particular como él quiere".⁶ Los dones del Espíritu Santo son distintos al Espíritu Santo mismo, lo que nos está indicando que él no es meramente una fuerza detrás de estas manifestaciones asombrosas.

Tenemos aquí seis argumentos por separado que nos muestran que el Espíritu Santo es una persona. Sin embargo el problema para muchos de nosotros bien puede no ser tanto la doctrina sobre el Espíritu Santo sino nuestra actitud hacia él. En teoría, muchos de nosotros creemos que el Espíritu Santo es una persona, la tercera persona de la Divinidad. ¿Pero lo concebimos en realidad así? ¿Pensamos alguna vez en él como persona? Es posible que hagamos lo que hizo una mujer que había asistido a una serie de mensajes sobre el Espíritu Santo en una conferencia bíblica hace muchos años. Ella escuchó atentamente y luego se acercó al predicador para agradecerle su enseñanza. Le dijo: "Antes de escuchar su predicación nunca había pensado en ese espíritu como una persona". Aparentemente, todavía no estaba pensando en él como una persona.

¿Es Dios?

Hay otro tema preliminar que debemos estudiar. Hemos insistido en que el Espíritu Santo es una persona en sí misma, pero también lo hemos llamado una persona divina. ¿Es divino? ¿O se trata de un ser algo menor, quizás un ángel? ¿El Espíritu Santo es Dios?

Una de las indicaciones más claras sobre la plena divinidad del Espíritu Santo la encontramos de labios de Jesús cuando prometió enviar al Espíritu a sus discípulos y lo llama el "otro Consolador" (Jn. 14:16). En este pasaje la palabra clave es *otro*. En el griego hay dos palabras distintas que se utilizan para otro. Tenemos a *allos*, la palabra utilizada aquí (que significa "otro igual al primero"), y tenemos a *heteros* (que significa "completamente diferente"), de donde proviene el término heterodoxo. Como la palabra en este pasaje es *allos* y no *heteros*, Jesús está diciendo que enviará a sus discípulos una persona que es como él es, o sea, alguien que es plenamente divino. ¿Quién es el primer Consolador? Jesús. Jesús había sido la fuerza y el consuelo para sus discípulos durante los años de su ministerio entre ellos. Ahora se va, y en su lugar ha de enviar un segundo Consolador que es igual a él. Será otra persona divina viviendo con ellos y (en este caso) en ellos.

Pero, por supuesto, no es esta la única evidencia sobre esta doctrina tan importante. Podemos agrupar la evidencia sobre la divinidad del Espíritu Santo en las siguientes categorías:

1. **Los atributos divinos del Espíritu Santo.** La expresión Espíritu Santo en sí misma ya es un ejemplo evidente, ya que la palabra Santo está denotando la esencia misma de la naturaleza de Dios. Él es el "Santo Padre" (Jn 17:11), y Jesús es "el Santo de Dios" (Jn. 6:69; comparar con Mr 1:24). Del Espíritu de Dios se nos dice que es omnisciente (Jn 16:12-13; 1 Co 2:10-11), omnipotente (Lc 1:35), y omnipresente (Sal 139:7-10).
2. **Las obras de Dios atribuidas al Espíritu Santo.** El Espíritu estuvo activo en la obra de la creación (ver Job 33:4). Fue el Espíritu quien impartió las Escrituras (ver 2 P 1:21). Es el agente del nuevo nacimiento, como veremos con más detalle en un capítulo posterior (ver Jn 3:6). Es el agente de la resurrección (ver Ro 8:11).
3. **La igualdad del Espíritu Santo con Dios el Padre y Dios el Hijo.** Las bendiciones y las fórmulas trinitarias

ya citadas son un ejemplo de esto.

4. *El nombre de Dios que se le otorga indirectamente.* El ejemplo más claro lo encontramos en Hechos 5:3-4 donde Pedro le dice a Ananías: "Ananías, ¿por qué llenó Satanás tu corazón para que mintieses al Espíritu Santo, y sustrajeses del precio de la heredad?... No has mentido a los hombres, sino a Dios". Otros ejemplos lo constituyen aquellos pasajes del Antiguo Testamento citados en el Nuevo Testamento donde, por un lado, se nos dice que es Dios quien habla, y por otro lado, se nos dice que es el Espíritu Santo quien habla. Isaías 6:8-10 comienza diciendo: "Después oí la voz del Señor, que decía: ¿A quién enviaré, y quién irá por nosotros?" En Hechos 28:25-27 cuando se cita este pasaje de Isaías dice: "Bien habló el Espíritu Santo por medio del profeta Isaías a nuestros padres.

"Ya he intentado mostrar la importancia práctica que tiene el que reconozcamos que el Espíritu Santo es una persona. Ahora pregunto: ¿Importa que sepamos que es Dios? Sí, importa. Si sabemos que es Dios y constantemente reconocemos su deidad, podremos reconocer y depender de su obra. J. I. Packer pregunta:

¿Honramos al Espíritu Santo reconociendo y dependiendo de su obra? ¿O lo desairamos, ignorándolo y por lo tanto deshonrándolo, no sólo al Espíritu, sino al Señor que lo envió? En nuestra fe: ¿reconocemos la autoridad de la Biblia, el Antiguo Testamento profético y el Nuevo Testamento apostólico que él inspiró? ¿La leemos y la escuchamos con la reverencia y la receptividad que corresponden a la Palabra de Dios? Si no lo hacemos, estamos deshonrando al Espíritu Santo. En nuestra vida: ¿nos guiamos por la autoridad de la Biblia, y vivimos de acuerdo a la Biblia, no importa lo que los hombres digan en contra de ella, reconociendo que la Palabra de Dios no puede ser otra cosa que verdad, y que lo que Dios dice es lo que quiere significar y lo que cumplirá? Si no lo hacemos, estamos deshonrando al Espíritu Santo, quien nos dio la Biblia. En nuestro testimonio: ¿recordamos que sólo el Espíritu Santo, por su testimonio, puede validar nuestro testimonio, y esperamos que lo haga, y confiamos en que lo hará, y mostramos la realidad de nuestra confianza de la misma manera que lo hizo Pablo, evitando las tretas de la inteligencia humana? Si no lo hacemos, estamos deshonrando al Espíritu Santo. ¿Podemos dudar que el actual vacío que vemos en la vida de la iglesia es el juicio de Dios por la manera en que hemos deshonrado al Espíritu Santo? Y en dicho caso, ¿qué esperanza podemos tener que la situación se revierta hasta que no aprendamos en nuestro pensamiento y en nuestras oraciones y en nuestra práctica a honrar al Espíritu Santo?7

La personalidad y la deidad del Espíritu Santo son enseñanzas prácticas, porque por medio de la actividad de este ser divino el evangelio de salvación en Jesucristo se hace comprensible para nosotros y puede transformar nuestras vidas. El Espíritu es la clave para una religión personal vital y verdadera.

Notas

1. William James, *The Varieties of Religious Experience* (New York: The New American Library, n.d.).
2. Harold O. J. Brown, "The Conservative Option", en *Tensions in Contemporary Theology*, ed. Stanley N. Gundry y Alan E Johnson (Chicago: Moody, 1976), p. 356.
3. Calvin, *Institutes*, p. 537.
4. Reuben A. Torrey, *The Person and Work of the Holy Spirit* (1910; reedición, Grand Rapids, Mich.: Zondervan, 1970), pp. 8-9.
5. Ver Tomo I, pp. 108-115.
6. Los puntos fueron sugeridos por George Smeaton, *The Doctrine of the Holy Spirit* (1882; reedición, London: Banner of Truth Trust, 1974), p. 109.
7. Packer, *Knowing God*, p. 63.

Los fundamentos de la fe cristiana
Dr. James Montgomery Boice

Tomo 3: Comenzando a entender a Dios
Parte I: El espíritu de Dios

2 – LA OBRA DEL ESPÍRITU SANTO

CUANDO NOS ENCONTRAMOS CON UNA PERSONA, NUESTRA PRIMER pregunta suele ser: "¿Quién es usted?" y "¿Qué hace?" La persona que responde puede decir: "Soy Diana Black; trabajo en la comisión de la escuela", o "Soy León Hall; soy un vendedor en una aerolínea". En ambos casos, la primera parte de la respuesta contiene un nombre, y a veces una indicación del lugar donde vive. La segunda parte es sobre su ocupación. Podemos hacer las mismas preguntas al estudiar al Espíritu Santo. En el último capítulo preguntamos: "¿Quién eres?" Vimos que el Espíritu Santo es un ser divino, personal, igual a Dios el Padre y a Dios el Hijo —en todos sus aspectos. En este capítulo hemos de preguntar qué es lo que este ser divino hace.

Glorificar a Cristo

Cuando preguntamos qué es lo que el Espíritu Santo realiza instintivamente ya sentimos que nuestra pregunta será casi imposible de responder. Ya que si el Espíritu Santo es Dios, como lo es, entonces todo lo que el Padre y el Hijo hacen, el Espíritu Santo también hace. Entonces, como ya lo sugerí al tratar la doctrina de la Trinidad en el Tomo I, es posible decir que el Espíritu Santo estuvo activo en la creación del universo (Gn 1:2), inspiró las Escrituras (2 P 1:21), gobernó el ministerio terrenal del Señor Jesucristo (Lc 4:18), le otorga una vida espiritual al pueblo de Dios (Jn 3:6), y llama y dirige a la iglesia (Hch 13:2; 16:6-7; 20:28). Todo lo que realizan los demás miembros de la Divinidad, el Espíritu Santo también lo realiza. Por otro lado, es posible apreciar que la Biblia da determinado énfasis a la obra que los distintos miembros de la Trinidad desarrollan. Por ejemplo, el Padre está principalmente activo en la obra de la creación mientras que el Hijo está principalmente activo en la redención de la raza humana.

¿Cuál es la tarea principal del Espíritu Santo? Algunos podrían responder que el Espíritu Santo está activo en la santificación de los creyentes como individuos, o en la inspiración de la Biblia, o en el impartir dones especiales entre los que sirven dentro de la iglesia, o en atraer a los no convertidos a aceptar a Cristo. Pero si bien todas estas acciones son ejemplos de las cosas que el Espíritu hace, no son la mejor respuesta a la pregunta planteada. La mejor respuesta la encontramos en Juan 16:13-14 (y en otros versículos relacionados) donde Jesús mismo explica la obra del Espíritu en estas palabras: "Pero cuando venga al espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad; porque no hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oyere, y os hará saber las cosas que habrán de venir. *El me glorificará*; porque tomará de lo mío, y os lo hará saber" (cursivas mías). En Juan 15:26, el Señor declara: "él dará testimonio de mí".

La obra del Espíritu Santo es, antes que nada, glorificar a Cristo. Es más, cuando la comprendemos correctamente, todas las demás acciones que pueden ser mencionadas están incluidas en este propósito principal.

Si se nos dice que el Espíritu Santo no hablará de sí mismo sino de Jesús, entonces podemos concluir que cualquier énfasis sobre la persona y la obra del Espíritu que nos aleje de la persona y la obra de Jesucristo no es una actividad del Espíritu. En realidad, se tratará de la obra de otro espíritu, el espíritu del anticristo, cuya tarea es minimizar la persona de Cristo (1 Jn 4:2-3). A pesar de la importancia que tiene el Espíritu Santo, nunca debe ocupar el lugar de Cristo en nuestro pensamiento. Por otro lado, siempre que

el Señor Jesucristo es exaltado —de cualquier manera— allí la tercera persona de la Trinidad está obrando. Podemos reconocer su presencia y estar agradecidos.

Enseñando sobre Cristo

Ahora sí podemos preguntarnos: ¿Cómo es específicamente que el Espíritu Santo glorifica al Señor Jesucristo? Lo hace en cuatro áreas.

Primero, el Espíritu Santo glorifica a Jesús cuando nos enseña sobre él en las Escrituras. El Nuevo Testamento nos dice que el Espíritu Santo ya hacía esto antes de la Encarnación de Cristo, por medio de la inspiración del Antiguo Testamento. Pero su obra no acabó allí. El Nuevo Testamento registra lo que Cristo hizo y nos explica su significado. Esto tenía tal peso sobre la tarea de los discípulos que está resaltado en la última conversación que Cristo mantuvo con ellos. Allí les dice: "Cuando venga el Consolador, ...él dará testimonio acerca de mí" (Jn 15:26). Y, "Aún tengo muchas cosas que deciros, pero ahora no las podéis sobrellevar. Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda verdad" (Jn 16:12-13).

Los discípulos sabían, sin duda, que en el período del Antiguo Testamento el Espíritu había descendido sobre algunos profetas, reyes y otros líderes para hablar por su intermedio. Ellos podrían hasta haber comprendido que el mensaje central del Antiguo Testamento fue la promesa de Dios de enviar un Redentor. Pero ahora se les dice que el mismo Espíritu Santo ha de venir sobre ellos —todavía más, estar en ellos— para que nada sobre la obra y las enseñanzas de Cristo, necesarias para nuestra salvación y el crecimiento de la iglesia, se pierda.

¿Cómo fue posible que estas personas, la mayoría pescadores sin ninguna formación, fueran los agentes por los que nos llegó el Nuevo Testamento? ¿Cómo podemos confiar en el registro que ellos hicieron sobre la vida y la enseñanza de Jesús? Pueden haber realizado registros incorrectos. Pueden haber mezclado la verdad con el error. La respuesta a estas especulaciones es que no cometieron ningún error porque el Espíritu Santo los guió y no permitió que cometieran ninguna equivocación. Alguno de los acontecimientos y enseñanzas registrados, ellos mismos los vieron y los escucharon y se acordaron. Otros puntos les fueron revelados por primera vez con posterioridad. En ambos casos fueron guiados por el Espíritu Santo. En realidad, esto era tan cierto en su caso como en el caso de los autores del Antiguo Testamento. Como lo expresó Pedro, "porque nunca la profecía fue traída por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo" (2 P 1:21).

Al hacer esta obra el Espíritu Santo glorificó a Jesús con creces. El Espíritu preparó la venida de Cristo mediante la inspiración del Antiguo Testamento (el Antiguo Testamento le decía al pueblo lo que tenían que esperar y cuándo tenían que esperarlo). Luego conservó la historia sobre su venida y dio la única interpretación infalible de ella mediante la inspiración de los libros del Nuevo Testamento.

Estos versículos no sólo nos hablan sobre la venida de una nueva revelación; también nos están sugiriendo la naturaleza tripartita de esta revelación. Primero, la revelación es *histórica*. En Juan 16:13 Jesús dice sobre el Espíritu Santo: "él os guiará [a los discípulos] a toda verdad". O sea, los guiará a toda verdad concerniente a Jesús. En Juan 14:26 el elemento histórico es todavía más claro: "él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que yo os he dicho". Es posible que con el tiempo los discípulos se olvidaran de algunas cosas que acontecieron, pero el Espíritu Santo se encargaría de recordarles los acontecimientos históricos vinculados a la vida, la muerte y la resurrección de Jesucristo. El registro de estos acontecimientos lo encontramos en los evangelios —Mateo, Marcos, Lucas, Juan— y también en el libro de los Hechos.

La naturaleza histórica del cristianismo es la que lo diferencia de otras religiones, mitologías y filosofías. Estas conciben a la religión principalmente como un patrón de ideas y a la salvación como el

aprendizaje de determinadas cosas o el cumplir con determinadas acciones. El cristianismo tiene ideas, esto es cierto; pero las ideas están basadas sobre lo que Dios ha hecho, y esto es determinante.

La base histórica también diferencia al cristianismo de la perspectiva evolutiva de la religión, la perspectiva según la cual hace miles de años los hombres y las mujeres tenían ideas primitivas sobre Dios, ideas que se fueron desarrollando en la medida que su conocimiento se incrementaba, y que sus escritos sobre Dios muestran este desarrollo. Como esto continúa hasta el presente. Hoy podemos dejar de lado lo que consideramos no son conceptos dignos de Dios y agregar otros que consideramos de más valor. Jesús, sin embargo, enseñó que lejos de ser algo desechable, la acción de Dios en la historia es la base misma de su revelación a los hombres y las mujeres. Esto lo vemos claramente en la cruz de Cristo donde Dios no enseñó simplemente una idea, hizo algo. Expió el pecado, reveló su amor y mostró su juicio.

Segundo, la revelación de Dios es *doctrinal*. Jesús enseñó que el Espíritu Santo "tomará de lo mío, y os lo hará saber [a los discípulos]" (Jn. 16:14). "El nos enseñará todas las cosas" (Jn 14:26). El resultado de esta enseñanza lo encontramos en las epístolas, comenzando con la gran carta a los Romanos, que desarrolla la doctrina cristiana en su forma más cabal. Las otras epístolas tratan sobre problemas particulares de la iglesia y la teología, y concluyen con las pistolas de naturaleza pastoral —1 y 2 Timoteo, Tito, 1, 2 y 3 Juan, 1 y 2 Pedro, Judas.

Si bien Dios ha intervenido en la historia, no contamos sólo con eso. Nos ha dicho lo que su acción significa. Así es como sabemos que Dios vino en Cristo, pero lo que esto tiene de significativo es que Dios se nos revela a nosotros. sabemos que Dios es amor debido a Cristo. Sabemos que es justo debido a Cristo. Sabemos mucho más sobre su naturaleza compasiva y misericordiosa debido a Cristo. Y además, decimos que Cristo murió. Pero todo el mundo viere. Lo que importa es por qué murió. Las epístolas nos dan la explicación por qué Jesucristo tuvo que morir.

Por último, la revelación de Dios es *profética*. Jesús nos dice que el Espíritu Santo "os hará saber [a los discípulos] las cosas que habrán de venir" (Jn 16:13). Los resultados de esta revelación los tenemos esparcidos en todo el Nuevo testamento: Mateo 24-25; Marcos 13; Romanos 11; 1 Corintios 15; y en especial en el libro de Apocalipsis. La profecía nos está indicando que Dios todavía está interviniendo en la historia. Dios no obra de una manera estática de manera tal que nuestro período histórico sea absolutamente idéntico a los períodos anteriores y a los que todavía han de venir. Por el contrario, Dios está diciendo cosas singulares en la historia — trabajando con la gente, desarrollando un plan— por lo que todo lo que cada uno de nosotros hace es importante. Además, toda su labor nos conduce al día en que el Señor ha de regresar, cuando Dios congregará a los suyos y demostrará que el camino del Señor es el único camino verdadero. El Espíritu Santo nos ha dado la Biblia para que en la historia, en la doctrina y en la profecía el Señor Jesucristo sea glorificado.

Atrayendo a las personas a Cristo

La segunda manera como el Espíritu Santo glorifica a Jesús es atrayendo en la fe salvadora a los hombres y las mujeres a Jesús. He de analizar esto en detalle en la sección de este tomo titulada "Cómo Dios salva a los pecadores", por lo que no es necesario que la exponga completamente en este momento. Pero debo señalar que sin esta actividad del Espíritu Santo nadie podría venir a Jesús.

Después que Jesús dijo que habría de enviar al Espíritu Santo a los discípulo; para que los acompañara para siempre, agregó: "el Espíritu de verdad, al cual el mundo no puede recibir, porque no le ve, ni le conoce" (Jn 14:17). Cuando Juan hace mención al *mundo* se está refiriendo al mundo de hombres y mujeres que están alejados de Cristo. Sin la obra del Espíritu Santo que guía a las personas a Cristo nadie puede ver, ni conocer ni recibir las cosas espirituales. No pueden ver porque están espiritualmente ciegos. Como lo dijo Jesús: "el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios" (Jn. 3:3). No pueden conocer porque las cosas de: Espíritu "se han de discernir espiritualmente" (1 Co 2:14). Y no

pueden recibir al Espíritu Santo o a Cristo, porque como también lo dijo Jesús: "Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere" (Jn 6:44).

¿Qué sucede entonces? El Espíritu Santo es quien abre los ojos ciegos para que los no regenerados puedan ver la verdad, aclara sus mentes para que puedan entender lo que ven, y cariñosamente mueve sus voluntades hasta que llegan a colocar su fe en el Salvador. Sin esta obra no habría ni siquiera un solo cristiano en el mundo. Por medio de ella, el Espíritu Santo nos salva y glorifica al Señor Jesús.

Reproduciendo el carácter de Cristo

Tercero, el Espíritu Santo glorifica a Jesús cuando reproduce su carácter en los creyentes. Realiza esto de tres maneras: primero, guiando a los cristianos a una mayor victoria sobre sí mismos y sobre el pecado; segundo, intercediendo por ellos en la oración y enseñándoles cómo orar; y tercero, revelándoles la voluntad de Dios para sus vidas y ayudándoles a caminar en ella. Estos ministerios se combinan para producir el "fruto del Espíritu", que es la vida de Cristo en cada uno de nosotros.

Pablo habla sobre este fruto en Gálatas 5:22-23, diciendo: "Mas el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza". Estas virtudes estuvieron claramente presentes en Cristo y, según la enseñanza de Pablo, también han de estar presentes en los cristianos. Los comentaristas han señalado la importancia que tiene el que se hable de un fruto (singular) en lugar de frutos (plural). "El fruto del Espíritu" tiene que estar presente en todas sus manifestaciones en cada uno de nosotros. Esto no es cierto en el caso de los "dones" del Espíritu, que analizaré con más detalle en la cuarta, y última parte, de este volumen. Se nos dice que el Espíritu Santo le da los dones a un cristiano y a otro según su voluntad (1 Co 12:11). Así es como uno puede ser un maestro, otro un pastor, otro un evangelista y todavía otro un administrador. Pero por el contrario, todos y cada uno de los cristianos deben poseer todo el fruto del Espíritu.

El amor encabeza la lista, y esto es completamente apropiado. "Dios es amor" (1 Jn 4:8) y, por lo tanto, la mayor de las virtudes cristianas es el amor (1 Co 13:13). El carácter de esta virtud está impartido por el amor divino; el amor de Dios es inmerecido (Ro 5:8), es un gran amor (Ef. 2:4), es un amor que transforma (Ro 5:3-5) y que no cambia (Ro. 8:35-39). El amor de Dios envió a Cristo a morir por nuestro pecado. Ahora, como el Espíritu de Cristo ha sido implantado en los cristianos, debemos mostrar un amor grande, transformador, de sacrificio e inmerecido tanto hacia otros cristianos como hacia el mundo. Así es como el mundo sabrá que los cristianos son evidentemente los seguidores de Cristo (Jn 13:35).

El gozo (o la alegría) es la virtud que en la vida cristiana corresponde a la felicidad en el mundo. Superficialmente parecen estar relacionadas y ser similares. Pero la felicidad depende de las circunstancias— cuando las circunstancias positivas desaparecen, la felicidad desaparece con ellas— mientras que el gozo no depende de las circunstancias. El gozo se basa en el conocimiento de quién es Dios y lo que ha hecho por nosotros en Cristo. Cuando Jesús estaba hablando a sus discípulos sobre el gozo, poco antes de su arresto y crucifixión, dijo: "Estas cosas os he hablado, para que mi gozo esté en vosotros, y vuestro gozo sea cumplido" (Jn 15:11). "Estas cosas" se refiere a las enseñanzas de los capítulos 14 y 15 de Juan, y posiblemente también al capítulo 16, ya que Jesús repite esta afirmación sobre el gozo más adelante (Jn 17:13). Porque conocemos los hechos que Dios ha hecho en nuestro lugar es que los cristianos podemos estar gozosos aun en medio del sufrimiento físico, el encarcelamiento y otras aflicciones.

La paz es el regalo que Dios le hace a la raza humana, y que logró en la cruz de Cristo. Antes de la cruz estábamos en guerra con Dios. Ahora, como Dios ha establecido la paz con nosotros, hemos de mostrar los efectos de esa paz en todas las circunstancias, a través de lo que llamamos "la paz o la tranquilidad mental" (comparar con Fil 4:6-7). La paz ha de reinar en nuestros hogares (1 Co 7:12-16), entre los judíos y los gentiles (Ef 2:14-17), dentro de la iglesia Ef. 4:3; Col 3:15), y en las relaciones que el cristiano entable con los demás He 12:14).

La *paciencia* implica el poder tolerar a los demás. Dios es el ejemplo supremo de paciencia, cuando vemos cómo trató al pueblo rebelde. Este hecho es una de las razones por las que nos debemos volver a él de nuestro pecado (Joel 2:13; 2 P 3:9).

La *benignidad* (o amabilidad en otras versiones) es la actitud que Dios tiene en su interacción con su pueblo. Dios tiene derecho a insistir en nuestra inmediata y total conformidad con su voluntad, y podría ser bastante severo para obligarnos a conformarnos a ella. Sin embargo, no es severo. Nos trata como un padre bueno podría tratar a su hijo que está aprendiendo (Os 11:1-4). Este es nuestro modelo. Si los cristianos hemos de demostrar benignidad, debemos actuar con los demás de la misma manera que Dios ha actuado hacia ellos (Gá 6:1-2).

La *bondad* es similar a la benignidad, pero más a menudo se la reserva para aquella situación donde el objeto de nuestra bondad no la merece. Está vinculada a la generosidad.

La *fe* significa la fidelidad o la confiabilidad. La verdad, una parte del carácter de Dios, está en juego aquí. Los siervos fieles de Cristo darán sus vidas antes que renunciar a él o, para ponerlo en un plano menos elevado, estarán dispuestos a sufrir cualquier inconveniencia antes que retractarse. No se darán por vencidos. Esto es también descriptivo del carácter de Cristo, el testigo fiel (Ap 1:5), y de Dios el Padre, quien siempre actúa de esta manera hacia su pueblo (1 Co 1:9 10:13; 1 Ts 5:24; 2 Ts 3:3).

La *mansedumbre* (o humildad, según otras versiones) la vemos claramente en aquellas personas muy seguras de sí mismas que siempre están enojadas en el momento preciso (como contra el pecado) y que nunca están enojadas fuera de tiempo y lugar. Fue la virtud que caracterizó a Moisés, de quien se nos dice que fue el hombre más manso y humilde que haya vivido (Nm 12:3).

La última manifestación del fruto del Espíritu es la *templanza* o el dominio propio que nos da la victoria sobre los deseos de la carne, y que por lo tanto está vinculada a la castidad tanto de la mente como de la conducta. Barclay señala que "es la gran cualidad que recibe el hombre cuando Cristo está en su corazón la cualidad que le hace posible vivir y caminar en este mundo sin que sus ropas se manchen del mundo".¹

No debemos creer, sin embargo, que como estas nueve virtudes son aspectos de la obra del Espíritu y como el Espíritu obra en los creyentes, todos los cristianos han de poseerlas automáticamente. No hay nada automático. Por eso es que se nos encomienda "caminar según el Espíritu" y no "según la carne" (Gá 5:16). Lo que hace la diferencia entre un cristiano que lleva fruto y otro que no lleva fruto es lo cerca que permanezca de Cristo y la dependencia consciente que tenga de él. Jesús enseñó esto con la ilustración sobre la vid y los pámpanos: "Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el labrador. Todo pámpano que en mí no lleva fruto; lo quitará; y todo aquel que lleva fruto, lo limpiará, para que lleve más fruto... Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí. Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto; porque separados de mí nada podéis hacer" (Jn 15:1-2; 4-5).

Para llevar fruto, el pámpano que lleva el fruto debe permanecer en la vid. Debe estar vivo, y no ser simplemente un pedazo muerto de madera. En términos espirituales esto significa que el individuo antes que nada tiene que ser un cristiano. Sin la vida de Cristo en su interior, sólo son posibles las obras de la carne: "adulterio, fornicación, inmundicia, lascivia, idolatría, hechicerías, enemistades, pleitos, celos, iras, contiendas, disensiones, herejías, envidias, homicidios, borracheras, orgías, y cosas semejantes a estas" (Gá 5:19-21). El fruto del Espíritu se hace posible cuando la vida de Cristo, provista por el Espíritu de Cristo, fluye a través del cristiano.

Pero es necesario también cultivar al fruto. Este es el propósito del versículo inicial del capítulo 15 de Juan, donde a Dios se lo llama "el labrador". Esto quiere decir que Dios cuida de nosotros, nos expone a

la luz solar de su presencia, enriquece el suelo en que estamos plantados y se ocupa que estemos protegidos de las sequías espirituales. Si hemos de llevar fruto, debemos permanecer cerca de Dios mediante la oración, alimentarnos de su Palabra y mantener la compañía de otros cristianos.

Por último, también es necesaria la poda. Ésta en ocasiones puede resultar incómoda, ya que significa que algunas cosas que atesoramos serán quitadas de nuestras vidas. Puede significar sufrimiento. Hay un propósito en la poda, sin embargo, y eso es lo que hace toda la diferencia. El propósito es que llevemos más fruto.

Guiando a los cristianos al servicio

La cuarta manera como el Espíritu Santo glorifica a Jesús es guiando a los seguidores de Cristo en el servicio cristiano y sosteniéndolos en el servicio. Esto fue cierto en el caso de los discípulos, como lo indican los versículos sobre el Espíritu Santo ya citados; él había de guiarlos en el futuro precisamente de la misma manera que Jesús los había guiado en el pasado. También es cierto hoy en día en el caso de los seguidores del Señor.

Un ejemplo lo constituye el pasaje que ya mencionamos por otro motivo en el último capítulo —Hechos 13:2-4—. "Ministrando éstos al Señor, y ayunando, dijo el Espíritu Santo: Apartadme a Bernabé y a Saulo para la obra a que los he amado. Entonces, habiendo ayunado y orado, les impusieron las manos y los despidieron. Ellos, entonces, enviados por el Espíritu Santo, descendieron a Seleucia, y de allí navegaron a Chipre". El Espíritu Santo llama a los hombres y las mujeres para tareas específicas y los acompaña mientras las llevan a cabo.

Por supuesto, no siempre llama de la misma manera. Es posiblemente por eso que no se nos dice cómo fue que los discípulos de Antioquía llegaron a conocer que el Espíritu Santo había designado a Bernabé y a Saulo para la labor misionera. Nuevamente, el hecho que llame no significa que no debamos buscar conscientemente la guía del Espíritu Santo. Como los que estaban en Antioquía, mientras adoraban al Señor y ayunaban —o sea, estaban tratando la obra del Señor con seriedad y estaban inmersos en ella según sus habilidades y conocimiento— el Espíritu Santo les habló. Lo mismo es cierto hoy en día.

Pero me estoy adelantando. Antes de estudiar la vida cristiana, hemos de considerar cómo es que nos convertimos en cristianos en primer término. Y antes que eso, debemos considerar una de las doctrinas bíblicas más importantes, si bien difícil: la unión del cristiano con Cristo mediante la actividad del Espíritu.

Notas

1. William Barclay, *Flesh and Spirit: An Examination of Galatians 5:19-23* (Nashville: Abingdon, 1962), p. 127.

Los fundamentos de la fe cristiana
Dr. James Montgomery Boice

Tomo 3: Comenzando a entender a Dios
Parte I: El espíritu de Dios

3 – LA UNIÓN CON CRISTO

LA UNIÓN CON CRISTO POR MEDIO DEL ESPÍRITU SANTO NO ES UN tema periférico en la teología bíblica, si bien suele ser dejado de lado. Es un pensamiento clave en la enseñanza del Señor, como este capítulo lo demostrará, y es tan importante en la teología paulina que un comentarista la ha llamado "el corazón de la religión de Pablo".¹ John Murray ha escrito que "la unión con Cristo es la verdad central de toda la doctrina de salvación".² Calvino explica el punto diciendo: "Solamente esta unión asegura que, en cuanto a nosotros respecta, él [Jesús] no vino en vano con el nombre de Salvador".³

A.W. Pink es quizás el más enfático de todos. "El tema de la unión espiritual es el más importante, el más profundo, y además el más bendecido de todos los presentados en las Sagradas Escrituras; y sin embargo, si bien es triste afirmarlo, no hay otro tema que sea hoy tan descuidado. La expresión "unión espiritual" es desconocida en la mayoría de los ámbitos cristianos profesantes, y donde es empleada se le otorga un significado tan rebuscado que sólo lleva un fragmento de esa preciosa verdad".⁴

Este tema bíblico es indispensable para comprender la obra del Espíritu Santo al aplicar los beneficios de la expiación de Cristo en el cristiano.

La unión pasada, presente y futura

Como con la mayoría de las enseñanzas del Nuevo Testamento, la simiente de esta doctrina la encontramos en las palabras registradas de Jesús, en este caso transmitida bajo diversas metáforas e ilustraciones. Una metáfora clave es la de la vid y los pámpanos: "Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí. Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto; porque separados de mí nada podéis hacer" (Jn 15:4-5). Otra metáfora la encontramos en aquellos pasajes que hablan de comer a Cristo como uno comería un trozo de pan (Jn 6:35) y de beberlo como uno podría beber agua (Jn 4:10-14; comparar con Mt 26:26-28). La misma idea está también sugerida en la forma en que los seguidores de Cristo han de ser recibidos o rechazados por el mundo, ya que esto es equivalente a una recepción o rechazo de él mismo: "El que a vosotros oye, a mí me oye; y el que a vosotros desecha, a mí me desecha; y el que me desecha a mí, desecha al que me envió" (Lc 10:16).

En la oración sacerdotal del Señor, registrada en el capítulo 17 de Juan, esta unión está analizada explícitamente: "Mas no ruego solamente por éstos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos, para que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me enviaste... Yo en ellos, y tú en mí, para que sean perfectos en unidad, para que el mundo conozca que tú me enviaste, y que los has amado a ellos como también a mí me has amado" (vs. 20-21, 23).

Esta doctrina está luego enfatizada y desarrollada ampliamente en los escritos de Pablo. Pensemos en las fórmulas paulinas más importantes, "en él", "en Cristo", "en Cristo Jesús", que ocurren 1 La primera no tiene principio, la La primera no tiene principio, la 4 veces en sus escritos. Por medio de estas expresiones, Pablo nos enseña que hemos sido escogidos "en él antes de la fundación del mundo" (Ef 1:4), llamados

(1 Co 7:22), hechos vivos (Ef 2:5), justificados (Gá 2:17), creados "para buenas obras" (Ef 2:10), santificados (1 Co 1:2), enriquecidos "en él, en toda palabra y en toda ciencia" (1 Co 1:5), asegurados de la resurrección (Ro. 6:5). El apóstol nos dice que únicamente en Cristo tenemos redención (Ro 3:24), vida eterna (Ro 6:23), justificación (1 Co 1:30), sabiduría (1 Co. 4:10), estamos libres de la ley (Gá. 2:4), y disfrutamos de toda bendición espiritual (Ef 1:3). Él da testimonio sobre su propia experiencia cuando dice: "Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí" (Gá 2:20).

A partir de todas estas expresiones podemos decir que la unión del creyente con Cristo es un concepto extremadamente amplio, que tiene que ver no sólo con nuestra experiencia actual de Jesús sino que también se remonta a la eternidad pasada y se extiende hacia adelante, al futuro sin límites.

Primero, si miramos hacia atrás, la fuente de salvación la encontramos en la elección eterna del individuo por Dios el Padre en Cristo. Este es el significado de todo el pasaje del capítulo 1 de Efesios, del cual ya hemos citado algunas partes; "Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo, según nos escogió en él antes de la fundación del mundo" (Ef 1:3-4). Es posible que no podamos comprender todo el significado de esta elección eterna en Cristo, pero al menos podemos entender que no importa cuánto nos remontemos atrás en el tiempo, encontraremos que los propósitos de Dios involucraban nuestra salvación. La salvación no es un pensamiento a posteriori. Siempre estuvo allí desde el principio.

Un comentarista ha escrito: "La primer tarea que el Espíritu Santo llevó a cabo en representación nuestra fue la de elegirnos como miembros del cuerpo de Cristo. En sus decretos eternos, Dios determinó que no estaría siempre solo, que de la multitud de hijos de Adán, un gran número se convertirían en hijos de Dios, partícipes de la naturaleza divina y conformes a la imagen del Señor Jesucristo. Esta compañía, la plenitud de aquel que todo lo llena, se convertirían en hijos por el nuevo nacimiento, pero en miembros del cuerpo por el bautismo del Espíritu Santo".⁵

Segundo, en el presente estamos unidos con Cristo en nuestra regeneración o nuevo nacimiento. Jesús se refirió a esto en su conversación con Nicodemo: "El que no naciere del agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios" (Jn 3:5). Pablo amplió esta afirmación cuando dijo que "Si alguno está en Cristo, nueva criatura es" (2 Co 5:17).

Tenemos una ilustración de nuestro nuevo nacimiento en el nacimiento físico de Jesucristo. En su nacimiento, la vida divina y sin pecado del Hijo de Dios fue colocada dentro del cuerpo humano pecaminoso de la virgen María. Por un tiempo pareció como si esta vida divina hubiese sido tragada. Pero eventualmente se reveló con el nacimiento del niño Jesús.

De manera análoga, nosotros experimentamos la vida divina dentro nuestro cuando el Espíritu de Cristo viene a morar dentro de nuestros corazones. Podemos preguntarnos como hizo María: "¿Cómo será esto? ya que yo no tengo la posibilidad de engendrar vida divina". Pero la respuesta la encontramos en las palabras del ángel: "El Espíritu vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por lo cual también el Santo Ser que nacerá, será llamado Hijo de Dios" (Lc 1:35). No nos convertimos en seres divinos, como algunas religiones orientales creen. Pero en un cierto sentido la propia vida de Dios viene a morar dentro nuestro de manera tal que podemos ser llamados con justicia hijos e hijas de Dios.

Como fuimos unidos a Cristo en el momento de su muerte sobre la cruz, la redención del pecado nos ha sido asegurada, y somos justificados de todo pecado. Pablo escribe: "¿O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte?" (Ro 6:3). Y en otra ocasión dice: "en quien tenemos redención por su sangre" (Ef 1:7). Cuando Jesús murió sobre la cruz, aquellos de nosotros que estábamos unidos a él por medio de la fe salvadora también morimos con él en lo que respecta al castigo que nos correspondía por el pecado. Dios el Padre hizo morir a Dios el Hijo. Como

estamos unidos a él, en cierto sentido también a nosotros nos hizo morir. Al hacerlo, nuestro pecado fue castigado y nunca más hemos de temer que pueda volver a surgir para atemorizarnos. Como lo expresó Henry G. Spafford en ese himno tan conocido:

Feliz yo me siento al saber que Jesús libróme de yugo opresor; Quitó mi pecado, clavólo en la cruz; gloria demos al buen Salvador. Estoy bien, ¡ Gloria a Dios! Tengo paz en mi ser, ¡ Gloria a Dios!

Como estamos unidos a Cristo en su muerte, también estamos unidos a él en su vida. Pablo desarrolla este pensamiento en el capítulo 6 de la epístola a los Romanos:

Porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva. Porque si fuimos plantados juntamente con él en la semejanza de su muerte, así también lo seremos en la de su resurrección; sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado. Porque el que ha muerto, ha sido justificado del pecado. Y si morimos con Cristo, creemos que también viviremos con él; sabiendo que Cristo, habiendo resucitado de los muertos, ya no muere; la muerte no se enseñorea más de él. Porque en cuanto murió, al pecado, murió una vez por todas; mas en cuanto vive, para Dios vive. Así también vosotros consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro. (Ro 6:4-11).

Mediante nuestra identificación con Cristo en su muerte el poder del pecado sobre nosotros ha sido quebrado, y ahora estamos libres para obedecer a Dios y crecer en santidad.

Por último, al mirar hacia adelante, nuestra identificación con Cristo en esta unión espiritual nos asegura nuestra resurrección final (Ro 6:5; 1 Co 15:22) y nuestra glorificación (Ro 8:17). Como estamos unidos a Cristo, eventualmente hemos de ser como él es. Como nunca podremos separarnos de él, siempre estaremos con él (1 Jn 3:2).

En un sentido, "la unión con Cristo" es la salvación. Murray escribe, "Vemos que la unión con Cristo tiene su origen en la elección de Dios el Padre antes de la fundación del mundo y que tiene su culminación en la glorificación de los hijos de Dios. La perspectiva del pueblo de Dios no es estrecha; es amplia y es extensa. No está confinada en el tiempo y el espacio; tiene la expansión de la eternidad. Su órbita tiene dos puntos focales, uno de ellos es el amor electivo de Dios el Padre en los consejos de la eternidad, el otro es la glorificación con Cristo en la manifestación de su gloria. La primera no tiene principio, la segunda no tiene fin".⁶ Fuera de Cristo no sería posible contemplar nuestro estado sin otro sentimiento que no fuera de horror. Unidos a él todo cambia, y el horror se convierte en una paz indescriptible y en un gozo inconmensurable.

El misterio de la unión

A esta altura alguien podría estar preguntándose: "¿Pero cómo estoy unido a Cristo? ¿En qué sentido he muerto con él? Todo esto parece ser un mero juego teológico de palabras". Estas preguntas son ciertamente comprensibles dada la dificultad real de este tema. Sin embargo, es necesario que busquemos el entendimiento, como lo sugirió Anselmo en su frase *Fides quaerens intellectum*, "La fe en busca de entendimiento". Cuando lo hacemos, encontramos, como suele suceder, que la Biblia nos ha provisto de mucho para ayudarnos en nuestra búsqueda, en especial en forma de ilustraciones.

La primera ilustración que nos provee la Biblia es la unión de un hombre y una mujer en el matrimonio. En Efesios 5, Pablo retrata a Cristo en su papel de esposo y a la iglesia en su papel de esposa. Concluye diciendo: "Grande es este misterio; mas yo digo esto respecto de Cristo y de la iglesia" (Ef 5:32).

¿Qué clase de unión existe dentro de un matrimonio ejemplar? Evidentemente, se trata de una unión de amor, que conlleva una armonía de mentes, almas y voluntades. En el plano humano no siempre estamos conscientes de esto como deberíamos serlo. Sin embargo, este es el ideal; y está apuntando de manera muy natural a nuestra relación con Cristo, donde crecientemente se nos hace posible obedecer el gran mandamiento de Cristo: "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente" (Mt 22:37, una referencia a Dt 6:5). No siempre somos exitosos en este plano tampoco, pero es el ideal al que el Espíritu Santo nos impulsa.

Es posible, sin embargo, concebir una unión de mentes, corazones y almas fuera del matrimonio. Lo que hace al matrimonio singular es el nuevo conjunto de relaciones legales y sociales que crea.

Luego del casamiento, el nombre de la mujer cambia. Entra a la iglesia como María Tower, digamos. Se casa con Jim Schultz y deja la iglesia como la señora Schultz. María ha sido identificada con su marido por medio de la ceremonia de casamiento. De manera similar, el nombre del creyente cambia de señorita Pecadora a señora Cristiana cuando se identifica con el Señor Jesús.

Junto con el cambio del nombre hay también cambios legales. Si María tenía propiedades antes de la ceremonia de casamiento, las podría haber vendido hasta esa misma mañana con sólo su firma en el documento. Después de la ceremonia de casamiento ya no puede hacer eso, todos los asuntos legales suyos y de su marido ahora están unidos. Este simple hecho está arrojando una luz penetrante sobre la necesidad de nuestra unión con Cristo como la base de nuestra salvación. Por medio de nuestra unión con él, él, nuestro esposo y novio fiel, puede pagar la pena en que habíamos incurrido por causa de nuestro pecado.

Por último, hay cambios psicológicos y sociales. María sabe que ahora es una mujer casada y ya no es soltera. Confía en adaptarse a su nuevo marido y a partir de este momento considerará a los demás hombres de manera diferente. Es posible que hasta se encuentre con compañías nuevas, con nuevos amigos y metas nuevas para su vida debido a su nueva relación. De manera semejante, cuando estamos unidos a Cristo nuestras antiguas relaciones cambian y Cristo se convierte en el centro de nuestras vidas y de nuestra existencia.

La segunda ilustración de la unión con Cristo es la de la cabeza y el resto del cuerpo. En Efesios 1:22-23 leemos: "y [Dios el Padre] sometió todas las cosas bajo sus pies [es decir, los de Cristo], y lo dio por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia, la cual es su cuerpo, la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo". Y otra vez, en Colosenses 1:18, Pablo escribe: "él es la cabeza del cuerpo que es la iglesia". El desarrollo lo encontramos en 1 Corintios 12:12-27, que dice en parte: "porque así como el cuerpo es uno, y tiene muchos miembros, pero todos los miembros del cuerpo, siendo muchos, son un solo cuerpo, así también Cristo. Porque por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo, sean judíos o griegos, sean esclavos o libres; y a todos se nos dio a beber de un mismo Espíritu... Vosotros, pues, sois el cuerpo de Cristo, y miembros cada uno en particular".

Esta ilustración nos está señalando primero, que nuestra unión con Cristo es también una unión entre cada uno de nosotros. Como podemos ver en la primera carta de Pablo a los Corintios, los cristianos allí estaban divididos, y Pablo estaba intentando convencerlos de la necesidad de que tuvieran una verdadera unidad. Segundo, la "cabeza" de Cristo está haciendo hincapié sobre su señorío. Todos somos miembros del cuerpo, pero se trata de su cuerpo. Él es la cabeza. El cuerpo funciona bien cuando responde a él. Tercero, y muy importante, la ilustración nos muestra esta unión de la cabeza y el cuerpo como una unión viva y por lo tanto en crecimiento. Esto significa que la unión no se establece por medio de la acción de unirse a una organización externa, ni siquiera a una iglesia verdadera. Se establece, en cambio, sólo cuando Cristo mismo pasa a residir dentro de la persona.

La siguiente ilustración, la de la vid y los pámpanos (Jn 15:1-17), resalta el propósito de la unión del creyente con Cristo: el que podamos llevar fruto, para ser útiles a Dios en este mundo. Debemos notar

que esta producción de frutos se logra por el poder de Cristo y no por algo en nosotros. Es más, "separados de [él], nada podemos hacer" (vs. 5). Cristo nos poda, y nos adiestra para su obra para que llevemos fruto de la manera como él quiere.

La última ilustración de la unión del creyente con Cristo es el cuadro de un templo espiritual compuesto de muchos ladrillos pero con Cristo como el fundamento: "edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo, en quien todo el edificio, bien coordinado, va creciendo para ser un templo santo en el Señor; en quien vosotros también sois juntamente edificados para morada de Dios en el Espíritu" (Ef 2:20-22). Hay paralelos con esto en la ilustración de Cristo sobre "el hombre prudente que edificó su casa sobre la roca" (Mt 7:24), y otras referencias esparcidas de Pablo sobre nosotros como "el edificio de Dios" (1 Co 3:9; 11-15). En cada uno de estos casos la idea central es la misma: la permanencia.

Como Jesús es el fundamento, y Jesús no cambia, todo lo que se edifique sobre él también será permanente. Los que pertenecen a Cristo no perecerán sino que permanecerán hasta el fin.

El bautismo del Espíritu

¿Cómo es esto posible? Hemos visto que la unión con Cristo es un cambio legal. Es una relación viva. Es la fuente del poder divino dentro de los cristianos. Es permanente. ¿Cómo es posible que nosotros que hemos tenido una relación legal (una condenación) entremos en otra relación como hijos e hijas de Dios? ¿Cómo es posible que nosotros que estábamos espiritualmente muertos hayamos sido vivificados, que nosotros que estábamos sin fuerzas y débiles hayamos sido fortalecidos, que nosotros que éramos polvo podamos ahora vivir eternamente? La respuesta es por el Espíritu Santo. Estas verdades serán una realidad en nuestra experiencia individual sólo en la medida que el Espíritu de Cristo nos una a Cristo.

Esto es el significado de la frase bíblica tan importante, "el bautismo del Espíritu Santo". Hoy en día esta frase suele utilizarse para describir un tipo de experiencias vinculadas al don de hablar en lenguas, que pueden o no venir del Espíritu Santo. Discutiré los dones del Espíritu, y el don de hablar en 'lenguas, en detalle en el cuarto y último tomo de este volumen. Pero el uso de esta frase es erróneo. Como también es erróneo pensar en el bautismo del Espíritu como siendo una segunda obra de gracia, como algunos lo han considerado. Resulta obvio que la vida cristiana debería estar empapada de muchas obras de gracia y varias manifestaciones del Espíritu (Gá 5:16; Ef 5:18). Pero el punto que deseo dejar establecido es que "el bautismo del Espíritu Santo" no se refiere a esto. Describe, en cambio, cómo todos los creyentes verdaderos se identifican con Cristo como miembros de su cuerpo místico. Para entender mejor esta frase, debemos examinar los siete pasajes del Nuevo Testamento en los que aparece.

Cinco de estos pasajes son de naturaleza profética. Miran hacia adelante, hacia cuando el Espíritu de Dios se derrame sobre su pueblo de acuerdo con las profecías del Antiguo Testamento, como la de Isaías 32:15; 44:3; y Joel 2:28. Lo que las distingue es que todas están relacionadas con el ministerio de Jesús. Es así como en cuatro ocasiones Juan el Bautista es citado diciendo: "Yo a la verdad os bautizo en agua para arrepentimiento; pero el que viene tras mí, cuyo calzado yo no soy digno de llevar, es más poderoso que yo; él os bautizará en Espíritu Santo y fuego" (Mt 3:11; pasajes paralelos en Mr 1:7-8; Lc 3:16; y Jn 1:33). En la quinta ocasión aparece Jesús mismo encargándole a sus discípulos que se quedaran en Jerusalén para esperar al Espíritu Santo que vendría en Pentecostés: "Porque Juan ciertamente bautizó con agua, mas vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo dentro de no muchos días" (Hch. 1:5). En el griego original Jesús es llamado "el Bautista" o "quien bautiza" porque bautiza con el Espíritu Santo del mismo modo que Juan es llamado "el Bautista" porque bautiza con agua.

La sexta referencia al bautismo del Espíritu Santo es histórica (Hch 11:16). Se refiere al don simultáneo del Espíritu Santo sobre el hogar de Cornelio y como estas personas creyeron en Jesús como resultado de la predicación de Pedro. Esta referencia es significativa porque muestra que el Espíritu Santo había de ser dado también a los gentiles como antes había sido dado a los judíos; en otras palabras, que no había

de existir dos niveles o rangos de cristianos dentro de la iglesia.

La séptima referencia es la más importante de todas porque es didáctica; es decir, es un pasaje cuyo propósito es enseñar (en lugar de ser simplemente descriptivo). Por lo tanto nos está presentando la doctrina en base a la cual hemos de interpretar los otros pasajes. En 1 Corintios 12:13 Pablo escribe: "Porque por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo sean judíos o griegos, sean esclavos o libres, y a todos se nos dio a beber de un mismo Espíritu". Primero, notamos que la unidad de los cristianos está enfatizada en este pasaje. Los cristianos de Corinto habían permitido que su deseo de tener los dones espirituales los dividieran, pero Pablo les escribe que en realidad son uno. Su argumento principal es que todos han sido bautizados por un Espíritu en un solo cuerpo de Cristo. Esta es una advertencia inmediata para todo aquel que permita que un énfasis sobre el "bautismo del Espíritu Santo" definido como una obra de gracia divida a los cristianos y destruya su comunión.

Segundo, vemos que esta experiencia es universal para todos los creyentes. Aquí, la palabra decisiva es *todos*, porque Pablo escribe que "fuimos todos bautizados" y que "a todos se nos dió a beber de un mismo Espíritu". En otras palabras, el bautismo del Espíritu Santo no es una experiencia especial y secundaria reservada para algunos cristianos sino que es la experiencia inicial de todos por medio de la cual se convierten en cristianos en primer lugar. El bautismo significa la identificación con Cristo. El papel del Espíritu Santo es identificarnos con Cristo y, por lo tanto, con su cuerpo espiritual, la iglesia. Hace esto engendrando la fe en nuestros corazones mientras que al mismo tiempo nos incorpora a la familia de Dios.

John R. W. Stott, en un estudio valioso sobre estos versículos, resume la evidencia de esta forma: "El 'don' o 'bautismo' del Espíritu es una de las bendiciones *distintivas* del nuevo pacto, es una bendición *universal* para los miembros del nuevo pacto, porque es una bendición *inicial*. Es parte integral de pertenecer a la nueva era. El Señor Jesús, el mediador del nuevo pacto y el dador de sus bendiciones, es quien perdona los pecados y otorga el don del Espíritu a todos quienes entren en su pacto. Además, el bautismo con agua es el sello y signo del bautismo del Espíritu, como también lo es del perdón de pecados. El bautismo por agua es el rito cristiano de iniciación, porque el bautismo del Espíritu es la experiencia cristiana de iniciación".⁷

¿Pero qué de la descripción de la venida del Espíritu Santo en Pentecostés y el don de lenguas que la acompañó? ¿No está sugiriendo esto que el hablar en lenguas (o algún otro don espectacular) debiera ser una experiencia normativa y deseada por los cristianos, no importa cuál sea el significado técnico de la frase "el bautismo del Espíritu"?

Debemos pensar la respuesta con cautela. Primero, si el bautismo del Espíritu Santo es la "experiencia cristiana de iniciación", como dice Stott, y si hablar en lenguas o algún otro don espectacular es la evidencia necesaria de ese bautismo, entonces quienes no han tenido dicha experiencia no son salvos. Esta es una conclusión drástica, que pocos podrían hacer, ya que la salvación se basa exclusivamente en la fe en el Señor Jesucristo como Salvador, y muchos que no han tenido el don de lenguas o algún otro don espectacular claramente han hecho esta profesión de fe. Pero esta es la conclusión a la que llegamos si vinculamos la experiencia de Pentecostés con el bautismo. Muchos de los que defienden la necesidad de la experiencia pentecostal evitan esto hablando de una segunda obra de gracia, aunque sin ninguna base bíblica.

Cuando leemos los pasajes que tratan explícitamente los dones y el bautismo, nos encontramos que son muy equilibrados. El ejercicio del don de lenguas no está prohibido (1 Co 14:39). Es un don espiritual válido (1 Co 12:4, 11). Pero mientras todos los cristianos tienen por lo menos un don, no todos tienen este don (1 Co 12:29-30), y no se nos anima a que lo deseemos más que a los otros (1 Co 14:1-5). Las diversas listas de los dones que encontramos en 1 Corintios pueden ser leídas como sugiriendo que las lenguas — que siempre aparecen en el último lugar de la lista — están relativamente bajas en la escala de importancia de los dones.

¿Por qué enfatiza Lucas el don de lenguas en su relato de Pentecostés? Sería suficiente decir que lo hace simplemente porque esto fue lo que sucedió en cumplimiento de la profecía de Joel. Pero si hemos de buscar un significado teológico —lo que es válido hacer ya que Lucas era un historiador de orientación teológica y no un mero cronista de fechas y acontecimientos— este lo encontraremos en el resultado final de Pentecostés: la proclamación del evangelio y la respuesta que hubo —no la simple experiencia de las lenguas—. Charles E. Hummel ha escrito un libro en donde en uno de sus capítulos intenta zanjar las diferencias que existen entre las teologías pentecostales y no pentecostales. Niega estas diferencias, que yo he señalado entre los pasajes descriptivos y los pasajes didácticos. Pero, sin embargo, cuando habla sobre el énfasis teológico singular de Lucas, no centraliza su atención sobre la experiencia de hablar en lenguas sino en la expansión del evangelio. "De acuerdo con la enseñanza de Lucas, el bautismo del Espíritu en los discípulos fue un fortalecimiento de su testimonio profético".⁸

Para concluir hemos de señalar que el bautismo del Espíritu Santo es para todos los cristianos y que es el equivalente de estar unidos a Cristo en la salvación. Los cristianos también han de ser llenos del Espíritu Santo, una experiencia de gracia que se expresará en el testimonio sobre Cristo, pero no hay ninguna instancia en el Nuevo Testamento en que se amoneste a un creyente a ser bautizado con el Espíritu Santo o se le diga que lo haga, por la sencilla razón que no puede encomendársele que busque algo que ya ha tenido lugar en su vida. Este bautismo del Espíritu Santo o unión con Cristo es el fundamento y la base de donde fluyen todas las demás bendiciones espirituales personalizadas.

Notas

1. James S. Stewart, *A Man in Christ: The Vital Elements of St. Paul's Religion* (New York: Harper and Brothers, n. d.), p. 147.
2. John Murray, *Redemption Accomplished and Applied*, (Grand Rapids, Mich.: Eerdmans, 1955), p. 170.
3. Calvin, *Institutes*, p. 541.
4. Arthur W. Pink, *Spiritual Union and Communion* (Grand Rapids, Mich.: Baker, 1971), p. 7.
5. Donald Grey Barnhouse, *God's Freedom* (Grand Rapids, Mich.: Eerdmans, 1958), *The Epistle to the Romans*, vol 6, p. 35.
6. Murray, *Redemption Accomplished and Applied*, p. 164.
7. John R. W. Stott, *The Baptism and Fullness of the Holy Spirit* (Downers Grove, Ill.: InterVarsity Press, 1964), p. 28.
8. Charles E. Hummel, *Fire in the Fireplace: Contemporary Charismatic Renewal* (Downers Grove, Ill.: InterVarsity Press, 1978), p. 182.